

Rubén Lardín

*Las ocasiones*

FULGENCIO PIMENTEL

*La principal*



*Tiro piedras por la calle  
y al que le dé que perdone,  
tengo la cabeza mala  
de tantas cavilaciones.*

SOLEÁ

*Sol, solet,  
vine'm a veure, vine'm a veure;  
sol, solet,  
vine'm a veure que tinc fred.*

CANCIÓN POPULAR INFANTIL CATALANA



ESCRIBO ESTO colgado del patín de un helicóptero. Fácil no es, pero por vosotros estoy dispuesto a lo que sea. Que si tengo miedo... ¡Pues claro que tengo miedo!

Vestido de imprudencia bajo a desayunar y trato de actualizar mis ideas, intento formularme un pensamiento que no sea mío y sufro y padezco anhelando lo no dicho. Antes de salir de casa he fingido una sonrisa delante del espejo, no sé bien qué pretendo. ¿Pensarlo todo? ¿Llegar a entender? ¿Dar con el significado? Decirlo todo, dijo Sade. Pero, entonces, ¿lo indecible?

Sé que llego tarde para eso y para lo demás. No puedo escribir ya nada que destruya mi vida. Escribir no es decir todo, escribir es primero expresar los silencios que nos embargan. Sigiloso, para que no se espanten. Desvincularse, echarse a un lado, quedarse un poco solo y ver por dónde empezamos.

De este libro que presiento me gustaría salir como a veces he creído salir de algunos libros que he leído, algo más yo, distinto. Nunca mejor, tanto no pido, pero sí algo desentrañado.

Una cosa tengo clara: si no es descubridora no es escritura. Me impongo por tanto escribir a tumba abierta. Brotan las palabras según se las necesita y fluyen como una música melismática. Se manifiestan a borbotones y en ocasiones incluso se inventan. Se inventan ellas, quiero decir, se sirven de nosotros. Con toda probabilidad estoy escribiendo, sin saberlo, de lo que saben otros. Incluso de lo que otros saben pero no sabrán que sabían hasta que lo lean aquí escrito. Escribir podría entenderse como una tarea de transmisión, de comunicación tal vez, pero no, es otra cosa, una actividad alienígena y hostil. Si escribo es para estar en todos, para ser en los demás.

Puestos a ello, este relato de mis jornadas ha de basarse en sucesiones de acontecimientos, en una trayectoria de causas y efectos donde cada evento anuncie el siguiente, lo promocióne en una narración horizontal que se detendrá cuando la necesidad de comprender sea más fuerte que la de mostrar, cuando la reflexión se imponga. Ocurrirá entonces la escritura vertical, la de las ideas, que son criaturas sin desenlace que se derraman, se suceden en un vertido que es expresión del yo, y no, por tanto, del propio pensamiento. No sé si esto se entiende. Decidme vosotros, que podéis volver a leerlo.

En cualquier caso, para certificar que mi teoría es buena, lo primero que debo hacer es tratar de refutarla, y así, entre que trato de contravenirme, observo a un grupo de chavales que paca a su rollo y en ellos me

dejo elucubrar. Fuera hace frío. Son los últimos días de exámenes y estos chicos y chicas se refugian del temporal. Determino que los jóvenes son personas todavía llenas de sí mismas. Son, como lo fuimos nosotros, aventureros pasivos, hombres y mujeres ajenos a la catástrofe a quienes el tiempo glorioso se les irá posando primero en las manos, caracterizando las falanges que irán recogándose en sarmientos, a veces en el nervio ciático y en todos los casos alrededor de los ojos. De momento, para ellos todo es nuevo y consideran tan grandes los problemas como las soluciones.

Aunque sin ser ya ni remotamente un niño, yo a esos jóvenes a los que siento como mis mayores (esto ellos no se lo pueden ni imaginar) me gustaría advertirles de que van a ser devastados, y decirles de paso que no escuchen nunca nada que tengamos que decirles, algo en lo que sin embargo me estoy poniendo en entredicho, incurriendo así en una primera contradicción.

Cuando me dispongo a enunciar estas papallonas advierto que uno de ellos, la muchacha de las tetas contentas, siente la llamada de la dopamina y se lleva a la vista el teléfono, que pasa a manipular alterando el intercambio de fuerzas que se daban en el grupo, coagulando la atmósfera y deteniendo todos los fenómenos terrenales que la vinculan a su entorno.

La dopamina nunca la hemos visto pero según nos han contado fabrica siervos, instruye al cerebro y modula

su comportamiento en reacción a una recompensa, que en este contexto es un *input* en el dispositivo, un me gusta, un corazoncito, otra réplica. Una nueva actualización que trae consigo la ilusión de presente continuo. Más que de ser, de estar siendo.

Pero el presente es ilusorio y efímero, mero accidente. ¿Qué es esto? Nadie sabe qué es esto. Llevo en las manos una servilleta de algodón. He salido del restaurante llevándome una servilleta que ahora manoseo naturalmente al hablar como si hubiera estado operando en alguna máquina. Hasta dentro de tres calles no caeré en la cuenta de que llevo esta servilleta en las manos.

El presente es una molestia que no cesa y que solo cabe dejar para mañana. El futuro, entonces, aunque incierto, es sido. Su conclusión, solo una. El pasado sería entonces el único asidero. Bastaría con contemplar cómo se ha convertido en esto para predecir el futuro, que lo será a partir de esto, de aquí en adelante.

El pasado es real, ha tenido consecuencias, por eso reímos narrándolo, por eso olvidamos cosas allí y nos equivocamos y nos arrepentimos y mentimos al respecto. El pasado, estela fugitiva (el pasado no se recuerda y el futuro no se olvida, ¿qué broma es esta?), se enuncia en estos casos como lugar razonado y de protección, y ocurre que cuando pensamos en él estamos presentes en dos lugares simultáneamente, nos desdoblamos. Pero, cuidado, en esta conclusión tal vez estoy negando la



aventura y vindicando su contrario: el regreso. ¿Es esto posible? ¡No hay mucho tiempo!

En el escaparate de esta librería ante la que me he detenido (he quedado aquí cerca), y que no es de viejo sino de libro antiguo, se expone abierto en un atril un volumen de Blai Bonet en el que alcanzo a leer que él no recuerda las cosas, que las tiene presentes. Años atrás (en el pasado, ya que estamos) el tiempo solía guardarse en una caja de zapatos debajo de la cama, a ras de suelo; dentro, un atado de cartas y un puñado de fotografías, lo ya andado.

Escribo sobre el tiempo para pasar el rato. Al socaire del pasado los actores de mis recuerdos tal vez no preservan esa escena de la que son parte. Es probable que, pese a su intervención decisiva, no atribuyan al momento que compartimos el influjo que yo le otorgo, y del mismo modo es posible que cada uno de nosotros esté ahora mismo protagonizando el recuerdo de alguien, un acontecimiento de cuyo sucedido no tenemos memoria.

Con el tiempo nos volveremos peligrosos unos para otros, se nos coagularán las ideas, nos obstinaremos. Si nos despistamos, podemos acabar convertidos en uno de esos escritores firmes, convencidos, responsables de lo que escriben. ¿Cómo va a salir algo bueno de ahí, asquerosos?

Lo que importa es estar presente, ir resolviendo, en esta ocasión contemplando a estos jóvenes que nos

exigen su futuro de vuelta. A ellos les dedico la mitad de mi tiempo, el resto es para los precursores. Agradezco que los jóvenes sigan inventando músicas, que nos saquen de la nuestra, y cavilo a los muertos aunque cuando lo hago tengo la impresión de que son ellos quienes me están pensando.

En el presente, a media tarde, mientras el día va diciendo sus luces, callejeo la infancia de la especie, me detengo en mitad del paseo de la fama, tecleo un mensaje y lo envío mientras me rasco la región anal en uno de esos gestos que llevo a cabo a solas o frente al panteón familiar. Me daría por satisfecho si la chica de las tetas populares, minúsculas, se apease del mundo de los vivos para leerme en su móvil. «¿Qué posibilidades tiene el ser humano de librarse de sí mismo?», le preguntaría. A mis pies, las estrellas en el pavimento figuran bocas de un alcantarillado celeste. De un cielo inferior.

Escribo desde el yo pero mi yo es multitud, está lleno de gente. Tengo muy poco que ver conmigo. El momento presente es solo una referencia, una línea de flotación, buena parte está sumergida. Escribir, estar escribiendo, es la única manera de detener la existencia. De mirar alrededor y observar el tiempo. No la meteorología sino el tiempo quieto, manso y flotante. Escribir es la única manera de evitar el fraude y la decepción.

Escribo este libro. Carecer de talento no me impedirá verlo aconteciendo. Y que si tengo miedo... ¡Las piernas

compota! Pero llevo encima una silla de enea y pienso buscarme un palmero. Al fin y al cabo, para esto bajé a la tierra.

LA VÍSPERA DE MI CINCUENTA CUMPLEAÑOS tuve una revelación. Fue solo un término, pero me resultó clave. Una palabra. Lo que hasta el momento estaba entendiendo como un tanto llevadero de ansiedad y sobre todo como una percepción lúcida del meteórico paso del tiempo no era más que un intento penoso de acuñar en mí el vocablo desesperación.

Otra cosa que comprendí fue el secreto que elucida y explica ese recodo imprevisto, de pronto tan confortable, del ir envejeciendo. Porque en el hacerse viejo hay una zona de bondad que ha sido excavada por los años, por la edad de uno sucediéndose, y que amigos y conocidos, incrédulos, tratan de expresarnos a veces sin siquiera llegar a identificarla con claridad. Pero es muy sencillo. Ocurre, llegados a esta otra parte de la vida en que el tiempo es más vasto por detrás que por delante (así exactamente se pinta en la imaginación), que los mejores de nosotros, y digo los mejores de nosotros porque he podido observar que esto solo nos ocurre a los mejores de nosotros, *mes amies*, por fin nos hemos desembarazado de la educación que nos dieron, de todo aquello que nos enseñaron.

El arte, esa palabra de la que nos hemos venido sirviendo para limpiarnos de todo aquello que nos fueron inculcando. ¿Acaso no era cada película que veíamos (todas las noches viendo películas) un antídoto contra la mentira que ese día habían tratado de grabarnos en la escuela, en casa o en el trabajo? La tarea primordial del arte es destruir todo esto; ya que no acabar con este mundo detestable, ser al menos consuelo, salvarnos, es por ello que el verdadero artista solo puede serlo si se encuentra incómodo, no se puede crear nada válido desde la aceptación, ¡me niego! Cada película y cada libro, cada tebeo, nos sirvió para desdecir la mierda que nos iban metiendo en la cabeza, la monserga de la productividad, del rendimiento y la observancia. Suerte de los libros, de las películas que irían componiendo nuestro pequeño capital cultural íntimo, de la música y sobre todo de la actividad del dibujo, primeras trincheras desde las que acallamos la prédica adulta. Bastaba con subir el volumen para formarse en el desvío, eludir el gregarismo, comprender que los límites de cada uno serán los límites de su lenguaje. En ocasiones algún libro tenía la capacidad de transformarnos, nos daba un individuo nuevo y extraño que nos ponía en cuestión. A la vida se entra por ahí, no por la vida.

No sé a qué estamos. Me he caído al día muy excitado, intoxicado muy seriamente por lo sucedido en un sueño del que no es conveniente hablar aquí, pero

que ahora extiende sus alas con categoría de fenómeno, me alcanza.

Paso buena parte de la mañana regodeándome en recuerdos, con mi caracola pegada a la oreja, repasando el glíglico. Cuando Jimena se fue me quedé sin quien hablarlo. Pospongo vestirme, el cuerpo presente pero ensimismado, y antes de comer, todavía en alboroz, me masturbo muy brevemente mirando varias fotos tuyas que he encontrado en el iPad. Una paja demorada, muy corta, en la que me siento y me consiento y en cuatro sacudidas me derramo sobre una imagen de ella en la que aparece mirando a cámara desbaratada y oliendo a alcohol. Alcancé a hacerle esa foto una noche en mi casa y luego prometí borrarla. No fue algo propio de mí. O tal vez sí lo fuera. Aquella noche había bebido. Como la de ayer.

Tras eyacular sobre el iPad, todavía un poco aturrido, hago un descubrimiento asombroso: que la sustancia humana desquicia a la máquina. Al parecer, el esperma contiene alguna potencia eléctrica, un número ínfimo de milivoltios suficiente para marear la pantalla y hacer inestable la imagen durante varios minutos, una eternidad, a mi entender, dado que se trata del fruto de mi desesperación, pero ahí sigue la materia, mientras escribo, agonizando, generando *glitches* y nuevas alteraciones de la imagen, esta paja científica desmemoriando el recuerdo.

Las promesas y el pasado, qué hacer con eso. El no disponer de recuerdos anteriores a la vida nos hace preguntarnos si antes de vivir también se está muerto, si aquella región es la misma que nos espera y tal vez lo hemos olvidado.

LO QUE HACÍAMOS ERA VERNOS las tardes de los miércoles en la casa de los caracoles, en Tamarit con Entença. Allí vivía entonces Clara, en un piso que costeaban sus padres y que compartía con otras tres estudiantes, y allí acudíamos el Gero y yo para intercambiar tebeos y libros y hablar de películas y escuchar algún disco apoltronados en el sofá o dibujando sentados a una mesa camilla que venía con aquel piso amueblado al acaso. Entonces lo provisorio era todo.

Clara era de un físico un tanto estéril, un poco muy alta y un poco demasiado delgada y de un atractivo alienígena, exterior, que nos civilizaba. Tenía los ojos más separados entre sí de lo que mandan los cánones y guardaba entre ambos espacio para muchas imaginaciones. Imaginaciones nuestras. Entre aquellos dos ojos cabía el propósito de otra raza. Le rugía en la mirada una quietud volcánica, y la nariz preponderante siempre aventajada.

Entre las rutinas del Gero recuerdo el gesto de peinarse con la mano grande y entera una barba que de

ningún modo estaba de moda por aquel entonces. Si fuera escritor, si escribiera mejor, más mal, escribiría que se la mesaba, pero no había ninguna consideración de eternidad asociada al gesto, que era mero reflejo de vanidad y gobierno, el demonio de la simetría significándose. Luego salíamos a los bares del centro, hasta que amaneciera.

Eludíamos con orgullo la querencia de las discotecas y rondábamos la fuente de las Tres Gracias. Solíamos terminar en la mesa encajada al fondo a la izquierda del Chez Popof, en una bocacalle de Ferran, o en el Kentucky en noches más desaliñadas y comunales, antros de horario clandestino en los que íbamos dejando atrás la ciudad con el convencimiento de que era ella la que se había rezagado.

Compartimos canciones que nos ayudaban a vivir y un puñado de momentos decisivos que, como canta Parade, nunca supimos reconocer. Derrochábamos algunas veladas tratando de idear patentes. Sabíamos que en el futuro no íbamos a querer trabajar porque ya habíamos vislumbrado la celada, y no, de ninguna de las maneras, nadie iba a mercadear con nuestro ser ni con nuestro tiempo. Entendíamos ya entonces que la decisión de no trabajar nos iba a requerir trabajar mucho, dedicarse plenamente a ella, pero estábamos dispuestos, de ningún modo íbamos a entregar al trabajo esta única vida de que disponíamos. No acabábamos de ser

adultos (en términos de responsabilidad nunca íbamos a acabar de serlo) y estábamos prolongando demasiado la prebenda de ser unos críos, pero nuestra comprensión del mundo pasaba por rechazar las estipulaciones que nos iban siendo legadas.

El Gero tenía muy claro que una de nuestras obligaciones era luchar contra el propio éxito. Combatir los propios logros. El temor al rechazo nos impedía dar con nuestra voz verdadera, hacer el mejor chiste, expresar el más atroz y valioso de los pensamientos. Entendíamos que nuestro contemporáneo era nuestro enemigo, pero que el miedo era en el fondo miedo a nosotros mismos, al propio reflejo en manos de una multitud llevada por las inercias y la conciliación. Nos aterrizzaba el gusto general, por definición sometido a estándares (nuestro vestir de negro era negarlos, vestir de negro era poner fin a todo), donde para ser reconocido era necesario diluirse, ser prescindible, adocenarse ideológicamente. Eran, aquellos como estos, tiempos ideales para la mediocridad. Ganancia para quienes desprovistos de talento y sin nada que objetar iban servidos de jeta o de un poco de ingenio. Nuestra prioridad era ir detectando individuos, averiguando disidentes, burlándonos de nuestra época y eludiendo la trampa de la comodidad material. Y cantábamos: «Porque seremos cientos por cada uno de los vuestros».



Para empezar éramos tres, pero incluso juntos nos íbamos a quedar solos. Cuando bebía, Clara dejaba de escucharnos y le iban clareando en la mirada dos cosas: el abandono y el desafío. Una simultaneidad que pierde y arruina y derrota a los hombres, en ocasiones para siempre. Aunque no era algo que habláramos, cuando el vino se le ponía en los ojos el Gero y yo sentíamos su coño como un astro, centro de gravedad y simplificación del mundo. Éramos sus súbditos y sus deudos, cada vez que se reía quitaba siete años del mundo y al cabo del rato (poco rato, cuando aquellos bares que no cerraban nunca ya iban a cerrar) bostezaba con la misma gracia, dándose toda, espantando a la muerte. Clara caminaba sin levantar casi los pies del suelo, parecía desplazarse y en ello lograba templar el tiempo ajeno, ralentizaba el paisaje. Los tres dejamos de vernos hace mucho.

De aquellos días recuerdo sobre todo lo que entonces todavía no estaba en mí, lo que todavía no sabía. Hoy ignoro qué lugar puedo estar ocupando en una supuesta estructura social, no sé bien qué hago aquí ni me lo quiero preguntar, pero entonces sabía que todo iba a ir bien. Entendía que no había otra posibilidad. Ah, ¡la nostalgia ya no es lo que era!

Años después, aunque todavía no había llegado la edad de oro de las series y las plataformas de contenido audiovisual, el Gero advirtió que estaba llevando una vida de resignación. Tenía un trabajo decente como

docente (perdón por esto, así son las cosas) y una mujer oí decir que sensata y buena como mujer suya y en tanto que individuo, como persona. Dudo que hubiera llegado a adquirir alguna de esas abstracciones criminales que llaman productos bancarios, pero todo es posible, trato de buscar razones.

Al parecer, una noche oscura condujo hasta las afueras y detuvo el coche en mitad de una carretera de camiones, apagó el motor y las luces y allí esperó sin soltar el volante. Nunca obtuve los detalles, pero lo he figurado siempre empotrado en los bajos de un tráiler. Al futuro puedes ir yendo o aguardar que venga él, ese es el tema.

Ahora el agua atareada sobre el paraguas de nailon verde que sostengo de camino a la casa de los caracoles me habla de aquellos miércoles con el Gero y la Clara. No estoy seguro de si el presente me puede estar siendo desfavorable o si esta lluvia que seda la ciudad es inoportuna, como por tradición se interpreta, pero sé otras cosas. Sé que existen los pensamientos secretos, pero no así los pensamientos prohibidos. Eso pienso.

Me desplazo contra el viento para no entregar mi rastro, para que mis conciudadanos no puedan detectarme. Verme no me ven, no ven nada. En Tamarit con Entença me descubro y me mojo la cara para localizar el balcón del apartamento de estudiantes, y reposo la vista en la fachada y recuerdo el piso y llamo al

interfono y pegando la oreja trato de escuchar la condición humana.

MI TREN HA LLEGADO PASADA LA MEDIANOCHE. Lo bueno de una ciudad es que está siempre en el mismo sitio. Días después giro la llave en el bombín y oigo voces en la cocina. Uno que canta. Al parecer, me dejé la radio encendida, pero por lo demás está todo en orden. Paseo la mirada sobre las cosas con intención de recobrarlas en ellas. El diccionario de Cirlot permanece arriba en la pila de libros (debajo está *La fuerza de su mirada*), las amígdalas que soñé siguen sobre el taquillón (dibujé el sueño) e incluso estoy yo en persona rotando en cuclillas sobre la silla del despacho. Ergonómica y su puta madre. Ahí creo verme.

Cuando viajo pienso también en los que no viajan. En los que se quedan. Con el tiempo he llegado a la conclusión de que esa y no otra es la perspectiva que te da el viaje, que es en sí un lugar de anunciaciones. Viajo, pero al fin y al cabo voy conmigo. O sea, que sigo aquí.

El caso es que ya estoy en casa, lo cual no quita para que lleve lo que va de año desorientado. He pasado meses de aquí para allá pisoteándome la sombra. Entiendo que para ser fiel a la vida, para honrarla, sería preciso emborracharse, tragar fuego, hacerse polvo, transcurrir

devastado en lugar de darse a estos maquinismos de la conducta.

Existe una alternativa estacionaria que consiste en contemplar la meteorología (no perder de vista la posibilidad de precipitaciones), cantar leyendo subtítulos, mirar *stories* o apilar frutitas en el móvil, como lo enuncia mi amigo Sergi, tomarse tres cañas medicinales después del trabajo para subir a casa aturdido (para soportarlo) y comprar lotería con regularidad, una curiosa sublimación, esto último, del deseo de que por favor no ocurra nada nunca. Y luego están estos necios de clase media que corren por la calle embutidos en colores fluorados. ¿A dónde se dirigen? ¿Huyen de sí mismos? ¿Salen a correr con ánimo de desandarse! Por lo menos no están escribiendo novelas. Yo tampoco lo hago: aquí no hay ningún personaje con voluntad propia, aquí solo estamos nosotros.

Todas esas prácticas de vida en curso puede que respondan a la teoría del *perpetuum mobile*, según la cual un impulso inicial sería suficiente para sostener el funcionamiento eterno. O tal vez esos ciudadanos están observando la imprudente táctica de la encina, donde se sugiere que, si te quedas quieto, es posible que el toro no llegue a verte. Ambas cosas son la misma. Por mi parte, busco una euforia a la vez que la doy por perdida. Escribo con el afán de llegar a término, de atravesar la vida entera y de culminar el tiempo que me

corresponde. No es más que un impulso de estar completo. Una noción masturbatoria, mecánica de pajillero. La idea es engullir la propia biografía como quien hace el armadillo y se chupa la minga. «Yo me mando», dijo Manolete. Algo así.

Si quisiera mostrar consideración y respeto por la vida cerraría todos estos libros y procedería a la propia aniquilación, me cuestionaría todas y cada una de mis certezas, me emborracharía otra vez, dejaría de juntarme con quien no debo (conmigo mismo) y me asomaría a un culo como quien se echa al ojo un catalejo y avista tierra firme y tal vez virgen. Pero me pueden los signos y los vocablos y el culo y el catalejo me llevan a la mirilla de la puerta, que en francés se llama judas. ¡Qué bonitas las palabras! ¡Qué importantes y qué divertidas!

No se me ocurre nada más pertinente sobre lo que escribir, no creo que exista, cualquier otra temática es andarse con rodeos porque es en los culos de las mujeres donde se posa el lenguaje y donde mejor descansa la mirada huérfana y preocupada de los hombres. Más allá del deseo que promueven y del carburante precioso que suponen para la existencia colectiva en curso, los culos poseen la virtud de renovarnos la mirada, de devolvernos la maravilla, nos instalan en lo fundamental. Un culo es ensueño y es también teorema. Es monólogo y es silencio de misa. Si le queda dentro un dedal de ternura por la vida, un algo de esperanza, hasta el más atribulado de

estos animales erguidos que somos detendrá por un momento aquello que le ocupa para mirar un culo que se desplaza como un planeta infantil siguiendo su órbita, un culo cualquiera que pasa y que al pasar se está yendo para siempre, que se extingue y nos desdicha mientras le imploramos: ¡Soy todo sí!

Y después nada. Después del culo que centra el mundo cualquier idea es una falta de humildad. Después del culo no hay nada, acaso paliativos; la camisa floreada que me obsequió Pilar de su vestuario, por ejemplo. Una blusa ligera y magnífica que ahora desabotono de derecha a izquierda porque es de mujer, aunque en realidad creo que lo hemos entendido todo mal y que son las camisas de hombre las que se abotonan contra natura, supongo que porque hubo un tiempo en que nos vestían ellas.

Ahora me desvisto yo mismo en persona y tomando una curva narrativa inesperada me meto en la cama. Dormiré con una barba postiza para que nadie me moleste. Antes hojeo un tebeo de Carlitos y Snoopy que incluye un epílogo donde se cuenta que Schulz dibujó diecisiete mil ochocientos noventa y siete tiras de los personajes. En una de ellas, Linus le explica a Lucy que cuando come tostadas no oye nada porque le hacen eco dentro de la cabeza. «En realidad es muy tranquilizador», añade. Apago la luz con la mirada fija en el vaso de agua que descansa en la mesilla y advierto que lleva dentro una tormenta.